

Ramón Gómez de la Serna – minicuentos

Abrir un paraguas

Abrir un paraguas es como disparar contra la lluvia.

Al inventarse el cine

Al inventarse el cine, las nubes paradas en las fotografías comenzaron a andar.

Al ombligo

Al ombligo le falta el botón.

Al sentirnos mal

Al sentirnos mal tenemos sudor frío de botijos.

Amor

Amor es despertar a una mujer y que no se indigne.

Brujería del gato

Por complicidad con la bruja había sido enjaulado el gato.

Los inquisidores sospechaban que podía haber diablo escondido bajo la piel del gato y fue sentenciado a arder en pira aparte, porque podía haber pecado de bestialidad al quemar en la misma hoguera persona humana y animal.

Bien maniatado con cadenas, el gato brujesco produjo un repeluzno de escalofrío entre los asistentes al auto de fe. Había algo de caza luciferiana en la presencia del gato.

La leña de la propiciación comenzó a arder y durante un largo rato se oyeron maullidos infernales, hasta que al final, ya consumida la fogata, se vieron sobre las cenizas dos ascuas que no se apagaban, los dos ojos fosforescentes del gato.

Capitalista

Capitalista: gimnasta de muchos teléfonos.

Como la luna

Como la luna se pone más allá del horizonte, nadie sabe si cae cara o cruz.

Cuando se retrasa la luna

Cuando se retrasa la luna en el amanecer, lleva los zapatos en la mano para que no la sientan llegar a su casa.

El amor a primera vista

El amor a primera vista no necesita gafas.

Diez millones de automóviles

El orgullo de la gran ciudad se había cumplido por fin. Ya tenía diez millones de automóviles.

Casi nadie pasaba por las calles y las aceras se habían suprimido. A lo más en algunas vías de la ciudad habían dejado una especie de alero para peatones desgraciados.

Pero aquella tarde de un domingo estival, caracterizado por una atmósfera pesada, los gases de los diez millones de automóviles intoxicaron toda la ciudad y los turistas que llegaron en la madrugada se encontraron con el triste espectáculo de todos los habitantes raseros de las calzadas, caídos en los sofás de sus coches, catalepsiados para siempre por la asfixia.

El camello tiene

El camello tiene cara de cordero jorobado.

El beso

El beso nunca es singular.

El espantapájaros

El espantapájaros semeja un espía fusilado.